



AL REDEDOR DEL ESTILO

XVII

HABÍA escrito los anteriores pequeños ensayos de esta serie indefinida — melodía continua — en el sosiego fecundo de Fuerteventura, y ahora me apercibo a reanudarlos y continuarlos en medio del trajín de este París de verano lluvioso. Entre la estrofa anterior, la XVI y ésta, la XVII, que me pongo a fraguar ahora, he recogido y atesorado en mi alma experiencias las más íntimas, las más entrañadas, de las que diré pronto en otra parte.

Cuando me disponía a fugarme de Fuerteventura, a bordo del bergantín goleta «L'Aiglon», recogí, entre los pocos papeles que pensaba llevar conmigo, escotero y suelto, los breves apuntes para la continuación de estas notas, y en ellos, bajo esta cifra romana: XVII, encuentro esto:

«Las obras de un escritor que no parecen de él, que carecen de estilo, que parecen de otro, no son de nadie, no son obras. Otro es nadie. Puesto que estas confesiones, y he hablado de Navarro Ledesma, en «El ingenioso hidalgo D. Miguel», etc., *chiasso*, y el mío en silencio.»





en medio de ello un: «Elo es que...», «dicho se está...», etc., etcétera. Escribía sin estilo propio. A las veces, un concepto sutil, una metáfora viva; pero una frase, un giro suyo... jamás. Acaba «Iorquemada en el Purgatorio» cuando Rafael del Aguila, el ciego, se tira a la calle: «Bajaron todos... Estrellado, muerto.» Sobre el «muerto».

Este apunte responde a la lectura—relectura en parte—que hice allí, en la isla, de la mayor parte de las obras de Galdós. Lo que me permitió modificar y rectificar mi juicio estético de su obra, parte a mejor y parte a peor.

Galdós, que tan terrible pintura nos ha dejado de la burguesía madrileña de fines del siglo XIX, se bu.la con frecuencia del estilo



ese de las tertulias de café, del estilo periodístico hecho de muletillas, de frases hechas, de lugares comunes, de expresiones acufadas, cuyo cuño se ha desgastado por el uso. Pero le costaba expresarse de otro modo. Era el estilo del café, el estilo de la improvisación periodística, el estilo parlamentario, el de artículo de fondo, el que empleaba en sus novelas. Un estilo pasado por laminador.

Y a esa su falta de estilo individual debió, sin duda, la mayor parte de su popularidad. Se dejaba leer sin esfuerzo. No había nunca que detenerse a paladear una frase suya, ni a digerirla. Su personalidad artística era algo como una representación de la impersonalidad; era el hombre medio el que hablaba en él.

Es muy significativo que no conozcamos versos, buenos o malos, mejores o peores, de Galdós; que no sepamos que los hubiese conservado, ya que no publicado, ni es que alguna vez los escribió. ¿Le hizo? Es de dudarlo. Y aun más, parece que no gustaba mucho de ellos. Debía de ocurrirle lo que a muchos oradores — de palabra o por escrito, pues hay oratoria escrita para uso de los taciturnos — que sienten una honda animadversión al verso, al estilo netamente poético. Acaso porque se les resiste, porque se hurta y niega a sus secretas caricias. Y, en cambio, se conoce la prosa del que intenta el verso. No porque sea más cantante o más melodiosa — tal como entienden la melodía los que creen que toda canción esailable —, sino porque es más precisa, más ceñidas más para sí mismo, más íntima.



Reproduzco aquí el apunte, tal y como lo tenía tomado, en ese estilo enigmático, elíptico, telegráfico, en que uno se habla a sí mismo; en esa forma protoplasmática, anterior a la diferenciación de prosa y verso, en que tomamos nuestras notas para uso individual. Es el estilo de muchos de los pensamientos de Pascal. Y es significativo que cuando se habla de tal manera a sí mismo lo hace en forma telegráfica, como para hablar desde lejos.

¿Para hablarse a sí mismo? En otro papelito, en el revés de un sobre de carta, bajo la siguiente cifra romana, XVIII, llevaba escrito esto otro:

«Es uno otro que sí mismo? Uno remeda su propio estilo. Cervantes, remedándose. Galdós y sus lugares comunes. Torquemada, y





Galdós... En aquellas mañanas de Fuerteventura, cuando en la azotea de la mansión en que vivía, en Puerto Cabras, me bañaba el cuerpo desnudo al sol desnudo, frente a la mar consoladora, leía las páginas de Galdós. Y mientras iba digiriendo en silencio, sin oirlas, no más que viéndolas, aquellas en que nos muestra en el alma de Fortunata el alma acaso del pueblo de la calle madrileña, oía a lo lejos, por debajo del silencio de las páginas escritas galdosianas, el rumor de la mar atlántica, el rumor de la mar que lame los bordes del desierto africano. Galdós había nacido en la Gran Canaria, y el Atlántico debió de haber brizado los ensueños de su niñez; pero se fué a Madrid, al centro de la pazameira manchega, y pareció olvidar el ritmo rumoroso de su mar materna. A pesar de sus temporadas de Santander, no se oye a la mar en sus obras. Su estilo es un estilo de tierra adentro, o, más bien, no es de tierra, sino de calle, de calle de cafés y de redacciones de periódicos. No se oye nunca en su obra el canto del Atlántico. Ni el de ese mar petrificado, que es la llanada castellana, de la tierra sin adoquinado, de la tierra que dió el canto—«nuestras vidas son los ríos—que van a dar en la mar—que es el morir...»—de las coplas—olas de los campos góticos—de Jorge Manrique.

Miguel DE UNAMUNO

